

# El misterio de las higiénicas reincidentes

## Capítulo 11. Docentes en tránsito. Incidentes críticos en Secundaria.

Como cada diciembre, durante aproximadamente quince días, todos nos decimos los unos a los otros que el espíritu de la Navidad debería durar todo el año. Luis y el padre de Patricia se han dado la mano y han comenzado la entrevista fieles a esta inocente tradición.

Ya sentados el uno frente al otro, tras ese breve preámbulo, Luis ha explicado detalladamente todo lo acordado y comentado en la última reunión de evaluación.

Han transcurrido veinticinco minutos de reloj.

El padre de Patricia ha escuchado pacientemente la larga explicación del tutor sobre las notas del primer trimestre, sobre el comportamiento preocupante de su hija y sus amigas en clase de educación física y también sobre los cambios que siempre trastornan a los adolescentes cuando llegan a ciertas edades (aquí ha aparecido el casi imperceptible tic en su ojo derecho). Cuando el tutor ha terminado de hablar y se ha quedado mirándolo, al otro lado de la mesa de su despacho, con una media sonrisa de

suficiencia, el padre de Patricia ha tomado la palabra.

--Mire Luis, como no tengo mucho tiempo, le voy a decir lo que pienso sobre todo esto sin rodeos. Espero que comprenda mi posición como padre. Al acabar de oír sus explicaciones, me he quedado con la sensación de que usted está prejuzgando a mi hija. Usted ya espera que sea como cree que es. Cree que su condición de profesor le da derecho a opinar sobre algunos aspectos de la psicología humana, a aconsejarnos sobre cómo debemos y cómo no debemos tratar a nuestra hija, cuando lo que debería hacer, en realidad, es limitarse a enseñar su especialidad. No me parece correcto que se inmiscuya en las amistades de mi hija. Y que saque conclusiones, menos.

El padre utiliza esta pausa para tratar de captar el efecto de sus palabras, pero sólo sorprende a Luis mirando discretamente la hora.

--Ustedes --continúa-- tendrían que preocuparse más de solucionar el fracaso escolar, dando mejor sus clases. Son ustedes los que han de adaptarse a los alumnos y no

al revés. Deberían esforzarse más en conseguir que aprendan y no buscar excusas en la conducta de los alumnos. ¿Qué criterio tienen para decidir lo que es la conducta normal de una adolescente? Le recomiendo que se lea un libro de Margaret Mead. *Adolescentes, sexo y cultura*<sup>1</sup> creo que se llama. En él comprobará que esos tres conceptos no son compartimentos estancos e inmutables...

La idea de normalidad, piensa Luis, no la relacionaría precisamente con la actitud de su hija. ¡Es eso lo que le ha estado diciendo desde el principio! Como profesor, tiene experiencia directa en estos incidentes y sabe perfectamente que en estas cuestiones organizativas como los horarios o las actividades programadas no se puede transigir. No se pueden hacer distinciones, todos los alumnos son iguales y han de responder a iguales obligaciones.

--Tomo nota del libro, gracias --dice con frialdad.

Pero Luis no quiere mostrarse antipático. En cierto sentido, teme un enfrentamiento con una persona tan segura de sí misma o tan soberbia. No es su estilo. Baja la vista y continúa con calma.

--Yo creo que el hecho de que estemos hablando de ello, el hecho de que nos preocupe cómo acabará el curso Patricia, es una llamada de alerta sobre...

El padre de Patricia avanza bruscamente su silla hacia la mesa y le interrumpe.

---

<sup>1</sup> Margaret Mead (1972). *Adolescentes, sexo y cultura en Samoa*, Barcelona, Planeta Agostini.

--Mire, se lo diré de otra manera. Lo que no me parece nada correcto es que llevemos más de una hora y aún no me haya explicado lo que tienen previsto para mejorar los resultados del aprendizaje de mi hija este curso. Cuando yo les pago como profesionales docentes que son, espero que respondan como tales, no que me expliquen cuatro tópicos sobre la edad difícil que estos chicos están atravesando, ¿me entiende? ¿O es que usted ha descubierto este trimestre que sus alumnos son adolescentes en desarrollo? Me temo que es lo contrario, que debe llevar años explicando lo mismo a cada padre disgustado con las notas de su hijo. Con este discursito los va preparando, ¿no? Los prepara para el último acto, el de las notas finales. Para cuando les tenga que decir que es mejor, tal como es el chico, que siga por otro camino. Que ha suspendido y que ustedes ya no pueden hacer más de lo que han hecho.

--Le ruego que se calme --dice Luis, que no puede evitar mirarle el tic del ojo--. Le aseguro que todos los profesores del equipo nos estamos esforzando en la misma dirección que usted.

--Su corporativismo me repugna --es la respuesta inmediata del padre de Patricia--. Tómeselo como quiera, se lo digo tal como lo siento. ¿Se puede fumar aquí? --pregunta a la vez que saca un paquete de tabaco del bolsillo de su americana.

--No.

Mientras mira fijamente el paquete que sostiene entre ambas manos, el padre de Patricia continúa hablando algo más pausadamente.

--En estas reuniones sólo veo cómo ustedes se defienden unos a otros. Como ya sabe desde que hablamos por teléfono la primera vez, mi hija ya me había comentado todo esto de las duchas y hace más de un mes que quiero hablar con el profesor de educación física. Pues gracias a usted, aún no he podido, y ahora me enseña esta lista de retrasos. Pero ¿se han preguntado por qué sólo hay chicas en esa lista? Imagino que no, porque ustedes ya saben cómo son los adolescentes. ¿Eso no les da que pensar? ¿Ustedes son partidarios de la igualdad o de la uniformidad? ¿No le parece que el emplazamiento del gimnasio está muy alejado de las aulas? A mí sí. Sobre todo si sólo tuviera cinco minutos para ducharme.

--Todos los alumnos tienen el mismo tiempo.

--Claro, claro. Pues si mira esa lista de retrasos, verá que las chicas necesitan más tiempo. Aunque la verdad es que esta asignatura en concreto no me quita el sueño. Lo que me preocupa es que la falta de sensibilidad de este profesor, al que todavía no conozco, por cierto, acabe bajando la nota global de mi hija.

--No le puedo aceptar esa descalificación. Si quiere, le puedo enseñar la programación de la asignatura y verá que se han tenido en cuenta todos los aspectos, tanto fisiológicos como teóricos, y también los hábitos. Estas materias teórico-prácticas siempre presentan alguna complicación, y eso también se ha previsto.

--Ya veo que ustedes son fisiólogos, médicos, psicólogos, padres, policías... Menos profesores competentes, de todo.

Tampoco, piensa Luis, somos tan capullos como su señoría. Ni tan pedantes, ni tan fantasmas... Bueno, no te calientes...

--De nuevo le ruego que se tranquilice -- insiste Luis--. Mire, comprendo su disgusto y su preocupación; esta reunión se hace precisamente para informarle de la situación de su hija y para que tratemos de encontrar, entre todos, el mejor camino para resolver los problemas que está creando dicha situación. Sería mejor que nos centráramos en ello y dejáramos aparte las valoraciones y alusiones personales.

--...

--Si le he hablado de sus amistades es porque nosotros, como profesores, vemos día a día cómo están afectando a la actitud que mantiene Patricia en esa asignatura. Esa actitud negativa repercute en sus hábitos y todo ello se ha visto reflejado, finalmente, en las notas de este primer trimestre. A la edad de su hija, todos los chicos y chicas están más dispersos, nosotros cada año lo podemos ver. Y sí, es cierto, cada año se lo tengo que explicar a los padres que no comprenden estos cambios de conducta de sus hijos. Podemos llamarlo como usted quiera, pero es un hecho. En la educación inciden muchos factores de este tipo.

El padre de Patricia se guarda el paquete de tabaco, se restriega el ojo nervioso y se ajusta las gafas. Acomoda los riñones en el respaldo de su silla y cruza los brazos. Casi cree adivinar lo que el tutor va a decir a continuación. Y eso le proporciona una pequeña e inconfesable satisfacción morbosa.

--Comprendo --continúa Luis-- que ustedes, como padres, quieran ver buenos resultados académicos. Pero la educación, a estas edades sobre todo, no acaba en los contenidos. Usted, que es psicólogo, creo, ha de ser consciente de la diferencia que hay entre el conocimiento que podemos obtener de la lectura de un libro y el conocimiento que se produce en una clase donde todos intervienen con sus dudas y sus ideas. Pero para participar de una forma constructiva, positiva, hacen falta también unos valores y unas normas compartidas, una apertura crítica, una voluntad de diálogo y de compartir metas y esfuerzos, unos valores que permitan superar el sexismo que domina nuestra sociedad actual. Y si en esto no estamos de acuerdo padres y educadores, tarde o temprano repercutirá negativamente en la formación de los chavales. Repercutirá en su formación como personas.

El padre de Patricia no cambia de postura ni de posición.

--Veo que insiste en planteamientos moralistas para justificar los resultados académicos. Dice que me comprende, pero estoy viendo que no. Yo no le pido cuentas acerca de su vida privada, ni sobre sus criterios morales o políticos. Yo, mi esposa y yo, tenemos nuestras convicciones y nuestras ideas sobre lo que está bien y lo que está mal. Y siempre hemos tratado de ser coherentes y transmitírselas a nuestra hija. Así que no me diga que usted y yo nos tenemos que poner de acuerdo en esto. A mi modo de ver, ustedes, como institución educativa, se equivocan en las prioridades. Mi hija está acabando el bachillerato y dentro de poco pasará por las pruebas de selectividad. Yo

quisiera saber qué están haciendo ustedes para que todo vaya bien. Ésa sigue siendo la pregunta que le hago.

Luis se dispone a terminar la reunión. Para él ha quedado claro que se niega a colaborar, igual que su hija. Si quiere discutir sobre la filosofía de esta escuela, que hable con el director. Y, además, ya son más de las ocho... Pero el padre de Patricia, que ha estado dudando unos segundos, decide añadir algo más.

--Le voy a decir una cosa y espero que no se ofenda. Hace días que entre los padres se comenta que es usted homosexual. He oído opiniones de todos los colores. Como la niña no nos ha dicho nada, imaginamos que los alumnos no lo saben, todavía. Personalmente, comprendo que haya querido ocultar su orientación sexual en el instituto; los niños pueden ser muy crueles. Y los adultos también. Sin embargo, no me parece que actúe en consecuencia con lo que me acaba de decir sobre la necesidad de compartir unos valores. Además, esa actitud de ocultación, esa evitación, va a tener una repercusión en la formación de sus alumnos, ¿no le parece?, en sus ideas sobre la sexualidad... En realidad, usted mismo que se considera homosexual, ¿está seguro de ello? ¿Ha oído hablar del «pensamiento queer»? Infórmese, quizás comprobará que el género no es más que una construcción social. Si realmente quieren educar de una forma holística, sin prejuicios, debería estar más al día. De lo contrario, puede que esté alimentando el sexismo que pretende combatir. Pero no crea que le estoy animando a ello. Compréndame, no es escepticismo, sino realismo. Como ya le he comentado, preferiría que sus energías se

concentraran en las asignaturas que ha de estudiar mi hija y dejaran a un lado la revolución. Como siempre digo, lo mejor es enemigo de lo bueno.

Esto, sí que no se lo esperaba Luis que, entonces, empieza a pronunciar frases de urgencia, protocolarias, como una canción infantil de absurdas preguntas y respuestas que está obligado a completar, y que después ya no recordará. Frases para llenar el tiempo que ha de transcurrir hasta que el padre de Patricia entienda que la reunión ha terminado. Para sostenerse con palabras sobre el abismo durante un minuto, hasta que se levanta, tropieza con la papelera, se dan la mano, se desean felices fiestas, se encierra en el despacho y se pone a llorar en silencio contra la puerta como una Magdalena.

Dos días más tarde, en la biblioteca, a Luis se le cierran los ojos y sueña algo obsesivo que no es lo que está leyendo. Después, al cabo de pocos minutos, abre los ojos y vuelve a leer el mismo párrafo hasta que se le vuelven a cerrar los ojos y regresa al mismo sueño. Las dos historias, el libro y el sueño, se convertirán en una misma sensación en su recuerdo, a partir de esa tarde. Una chica que huele a pachuli ha pasado un par de veces por detrás de su butaca. También se enganchará su perfume a ese recuerdo.

Tengo miedo, piensa. ¿Qué pasará cuando comiencen las clases otra vez? Lo que me ha dicho el padre de Patricia me ha revuelto las tripas. Si lo saben los padres, lo saben los hijos. En el instituto sólo he hablado de esto con Paloma. No sé por qué lo hice.

Sí lo sé. Ese día, después de las clases, tomamos unas copas. Estábamos bien. Me

gustan sus ojos, hablarle a los ojos. Por unos minutos, allí con ella, me sentí liberado de coacciones, de clasificaciones. Sin límites. Le confesé mi secreto y nos besamos. Fue extraño, nuevo, la única vez en mi vida que experimenté ese deseo... Ahora sé que ha sido Paloma quien lo ha divulgado. Para ella, para los otros, es muy fácil. Pero yo cada vez que lo recuerdo tengo más miedo. Y esto del pensamiento queer, no sé si creerlo, no sé qué pensar... Luis coge una de sus hojas de notas y lee lo que ha apuntado: «Deberíamos ser capaces de incorporar en la educación un factor reflexivo sobre el género y el sexo, liberador respecto a ciertas constricciones que encorsetan la decisión humana» (S. Talburt<sup>2</sup>). Pero ¿esas constricciones sociales no forman parte de la condición humana? ¿No son socialmente necesarias? ¿No padezco yo por no ser aceptado en ese orden?

Ahora lee la cita de Marla Morris: «Cuando nacemos, llegamos a un escenario inventado previamente. Y aquellos que no encajamos en las teorías establecidas somos demonizados o tratados médicamente. Los teóricos queer, siguiendo con el trabajo de Foucault, intentan cuestionar esta demonización, normalización y tratamiento. La clave del activismo queer reside en volver del revés las prácticas de normalización». Tampoco estoy seguro; yo lo que quiero es encajar en ese escenario, se dice Luis. Por otra parte ¿cómo podría yo, en el instituto, cuestionar todo esto? ¿No es lo contrario lo que hacemos? ¿No son prácticas de normalización, de socialización lo que hacemos?

---

<sup>2</sup> S. Talburt (ed.) (2005). *Pensando Queer, Sexualidad, cultura y educación*, Barcelona, Graó.

Sigue leyendo, ahora, una frase de Foucault<sup>3</sup>: «La sexualidad posee una historia, que no es de naturaleza atemporal ni inmutable». Me siento muy pequeño, piensa, para enfrentarme a palabras tan grandes como historia y naturaleza. Y muy solo.

Al poco rato, Luis recoge sus cosas y se acerca al mostrador del primer piso, para sacar de la biblioteca uno de los libros que ha estado leyendo.

Mientras espera su turno, empieza a leer la contraportada:

*Frank Boas animó a su alumna Margaret Mead, en 1928, a hacerse pasar por una adolescente entre los jóvenes de Samoa y estudiar sus hábitos sexuales. El libro que Mead escribió, Adolescencia, sexo y cultura, proporciona buenos argumentos para pensar que la adolescencia es un fenómeno cultural y no una fatalidad fisiológica. En los años ochenta, Derek Freeman, se mostró extremadamente crítico con el trabajo de Mead...*

Aquí deja de leer y levanta la vista para hablar con el bibliotecario, que no separa la vista de la pantalla y le atiende casi sin palabras.

Cuando sale, el viento se arremolina en un rincón de la plaza, haciendo volar la basura y los leds de colores.

---

<sup>3</sup> M. Foucault (2005). *Historia de la sexualidad: una introducción*, vol. 1, Madrid, Siglo XXI.